

neral para poder acceder al cargo). Encarcelan diputados y ministros que se oponían a sus demandas, exigen un Gobierno nuevo, y que este Gobierno proceda inmediatamente a las reformas sociales necesarias: reparto de tierras, amnistía para todos los presos políticos, mejoras de sueldos a los militares, petición de socorro internacional para acabar con las hambrunas que asolan parte del país (TRIUNFO, número 613). Proclaman que su objetivo no es la revolución, sino «el funcionamiento normal de las instituciones», y que su movimiento está destinado a «salvar la unidad, la prosperidad y el bienestar de toda la nación».

Desde el 26 de febrero, en que se produjo el primer movimiento militar, la situación ha ido evolucionando muy lentamente. La calle hubiese querido ir más de prisa, y se ha estado viendo algo que tendría luego, y con mayor fuerza, su expresión en Lisboa: las manifestaciones de civiles y soldados, pero ejerciendo los soldados y sus jefes un papel moderador, de forma que las reivindicaciones populares «sonaran», pero nada más. Esto ha sucedido con las manifestaciones del bajo clero, que se quejaba de su miseria, en contraste con las riquezas de los prelados cortesanos; con los musulmanes, que exigían igual trato con respecto a los coptos; con los estudiantes, que piden libertad (a partir de 1969, la Universidad es un foco continuo de revueltas); con los conductores de taxi de Addis-Abeba; los trabajadores de aviación civil, en huelga; los funcionarios, que pedían aumento de salarios...

Porque Etiopía es un viejo mosaico que se desmorona. Si los grupos sociales arden, los étnicos y religiosos se separan. La relación del Ejército con estas continuas sublevaciones separatistas son, siempre conservando distancias, las del Ejército portugués con respecto a las colonias. Se les llama a reprimirlas, se les hace jugar la vida sin compensación de ninguna clase, y terminan comprendiendo las razones de los alzados. Los nómadas de Somalia, que querían unirse con la República independiente de Somalia; los eritreos, los afars musulmanes, los gallas... El Emperador es para ellos una fuente de terror —sus represiones han sido siempre durísimas—, pero no del respeto religioso, mágico,

que se le tributa en los centros del país, y que llega aún más allá que el de los japoneses con respecto a su Emperador.

El Ejército medio obtuvo en febrero la satisfacción de un primer ministro nuevo que iba a realizar las reformas solicitadas. No se han cumplido. Las exige ahora, sin intentar una ocupación total del poder ni de destronar al Negus, que a los ochenta y dos años y con una biografía de superviviente de guerras y complot, puede ser útil como un elemento integrador. Es su tiranía y la del gran círculo de poder antiguo y despectivo que le rodea, y no su símbolo, lo que parece combatir el Ejército. Por eso lo que se busca es el pacto. El Negus va haciendo entregas de poder, sobre todo de personas, pero con espíritu de regateo.

Convertir en democracia un país como Etiopía, tejido de milenios de esclavitud, de hambre endémica, de supersticiones y brujerías, parece imposible a través de medias medidas. Sus centros urbanos lo pretenden, y serían la cabeza visible. Temen que la esclerosis del régimen antiguo, de las costumbres, que en las zonas rurales son invariables desde los tiempos de la fundación —que, como se sabe, se atribuye a la descendencia directa de la Reina de Saba y del Rey Salomón— del imperio, termine con el desmembramiento definitivo. Es posible que la moderación del movimiento militar actual sea ya escasa para el extremo al que han llegado las cosas; más escasa aún si su acción se va retrasando con pequeñas concesiones imperiales que no resuelven la situación y por el empeño de no provocar una guerra civil que podría no tener fin. Etiopía tuvo su gran ocasión cuando al terminar la guerra mundial el Negus volvió a su trono, del que había sido despojado por los italianos, si realmente hubiera asumido la imagen de víctima del fascismo que le habían dado las circunstancias, en lugar de regresar a la tiranía secular y las horcas en la plaza pública. Ahora parece demasiado tarde. Cuando le llegue la muerte al Negus puede ocurrir que no reine ya su sucesor, o que éste se sume abiertamente al espíritu de las reformas; pero puede ocurrir también que el país vaya a un caos del que no se sabe cómo saldrá. ■

# La Capilla siXtina

## LA ESCAPADA

*Un amigo mío lo dejó todo: mujer e hijos, suegra francesa, perro inglés, chalet en Torrelodones, empleo de doscientas mil pesetas al mes, un seguro de los de Fernando Rey, y el insensato se fue a Cartagena. No es que irse a Cartagena sea una insensatez. Todos los adoradores del Mar Menor y del "caldero", entre los que me cuento, saben que irse a Cartagena es algo perfectamente sensato, e incluso grave. Califico de insensato a mi amigo porque todo lo que había conseguido le había costado mucho esfuerzo. Parafraseando una frase muy ocurrente de Luis Dávila, diría que le ha costado casi tanto esfuerzo como a otros no conseguir nada.*

*El hombre decidió una tarde que estaba hasta la coronilla de ser ejecutivo alienado, explotado por una empresa multinacional, por su mujer, su suegra, sus hijos y el perro. La cosa llegó al colmo cuando descubrió que un carpintero de Torrelodones no había cumplido su encargo de hacer unas puertas nuevas para el garaje. Algo se rompió entonces en el esqueleto cerebral de mi amigo, porque dijo: "¡Basta!", en español, francés e inglés, e incluso, se dice, dirigió un cortante "¡Guau!" al perro. Se subió a su Seat 132 y se lanzó carretera adelante hacia el Mediterráneo. El impulso de huida, ya lo he dicho, le llevó hasta Cartagena. Allí, roto, añorado, con poco dinero, sin la tarjeta del Diners, ni la del Banco de Bilbao, ni la Carte Blanche, me llamó por teléfono y me pidió que le girara algo para poder poner gasolina al coche y volver.*

*Días después recibí una invitación firmada por mi amigo y su esposa. Me invitaban a una cena fría, seguida de coloquio. La fórmula era nueva, y, a pesar de mi natural recelo ante todo lo que escapa a las normas del comer y del beber, me presenté con la mejor de mis chaquetas de verano y medio kilo de callos de Lardhy, muy del agrado de mi anfitriona. Estaba mi amigo como muy renovado, algo más delgado, creí observar. No era yo el único invitado. Había ma-*

*trimonios jóvenes, también estaba la suegra, el niño mayor y el perro. Al acabar de cenar, mi amigo nos invitó a pasar a su despacho. Nos acomodamos, y él se situó de pie ante un mapa de España con un puntero en la mano. A continuación contó su caso, y con el puntero fue señalando la ruta que había seguido y sus peripecias. Todos los asistentes seguran con mucho interés el asunto y hacían preguntas constructivas. Por ejemplo:*

*—¿Es cierto que, en valenciano, Alicante es Alacant?*

*—Completamente cierto —aseguraba mi amigo con los ojos cerrados.*

*—Oye, majo, la primera noche que te acostaste sin tu mujer al lado, ¿sentiste angustia?*

*—Mucha —confesó sinceramente el escapado.*

*A su mujer se le atrincheraron las lágrimas en los ojos. "Bien —me dije— a ver en qué acaba todo esto". Se agotó el anecdotario y la filosofía del fugitivo y fue entonces cuando entró de lleno en el objetivo de la reunión.*

*—He comprobado que el principal problema con el que me enfrenté fue la desorganización. No hay una infraestructura adecuada para un turismo neurótico. He comprendido que sería un negocio de fábula montar escapadas en serio, de una duración equis, según el trauma; con una red de hoteles adecuados, compañías y, sobre todo, con una tarjeta de crédito especial. Más aún: aparte de la reivindicación de vacaciones pagadas, yo incluiría en la contratación de ejecutivos una escapada anual pagada.*

*Hubo casi vitores. Incluso, un acuerdo total sobre la igualdad del hombre y la mujer en el capítulo de escapadas. Y así se diluyó la noche, mientras mi amigo constituía un equipo de gestores del nuevo negocio de fábula. Ya en la calle, comprobé que no me había devuelto el dinero que yo le había girado, equivalente a lo que cobro por tres "Capillas sixtinas". Estuve a punto de subir a reclamárselo, pero no lo hice. Igual le digo que lo considere como el pago de una acción para la nueva empresa. ■*

SIXTO CAMARA